El Pozo y el Péndulo

Por

Edgar Allan Poe



Estaba acabado, acabado hasta no poder más tras aquella agonía tan larga. Cuando por fin me desataron y me permitieron sentarme, noté que me desvanecía. La sentencia, la horrible sentencia de muerte fue la última frase que percibieron distintamente mis oídos. Luego, el murmullo de las voces de los inquisidores pareció ahogarse en el indefinido zumbido del sueño, que provocó en mi espíritu la idea de rotación, quizá porque mis pensamientos lo asociaban con el chapoteo de una rueda de molino. Pero esto duró poco, ya que de súbito dejé de oír. Sin embargo, durante algún rato pude ver, pero ¡con qué terrible exageración! Vi los labios de los jueces togados de negro: me parecieron blancos… más blancos que la hoja de papel donde escribo estas palabras, y finos hasta la exageración, adelgazados por la intensidad de su expresión dura, de su resolución inexorable, de su riguroso desprecio por el dolor humano. Vi que los decretos de lo que para mí representaba el Destino brotaban aún de aquellos labios. Los vi torcerse pronunciando una frase mortal, los vi formar las sílabas de mi nombre y me estremecí porque no me llegaba ningún sonido. Durante esos momentos de espanto frenético vi también oscilar, blanda y casi imperceptiblemente, las negras colgaduras que cubrían las paredes de la sala y mi vista cayó sobre los siete hachones colocados sobre la mesa. Al principio me parecieron emblemas de caridad y los imaginé blancos y esbeltos ángeles dispuestos a salvarme. Pero en ese momento, y de súbito, una náusea letal invadió mi alma y sentí que todas las fibras de mi ser se estremecían como al contacto de los hilos de una batería galvánica, mientras las formas angélicas se convertían en vacuos espectros de cabezas llameantes; entonces comprendí que ninguna ayuda debía esperar de ellos. Como una magnífica nota musical, se abrió paso en mi imaginación la idea del dulce reposo que nos espera en la tumba; llegó suave, sigilosamente; creo que pasó algún tiempo antes de poder apreciarla en toda su plenitud. Pero en el preciso instante en que mi mente la captó y acarició, las figuras de los jueces se desvanecieron como por arte de magia, los altos hachones se abismaron en la nada, sus llamas desaparecieron y sobrevino el negror de las tinieblas; todas mis sensaciones parecieron precipitarse en una caída hacia el abismo, como la del alma en el Hades. Y luego el universo fue solo silencio, quietud y noche.

Me había desvanecido, pero no puedo afirmar que hubiera perdido del todo la conciencia. No intentaré definir lo que de ella me quedaba y menos describirla; pero no la había perdido del todo. En medio del más profundo sopor; no, en medio del delirio; no, en medio del desvanecimiento; no, en medio de la muerte; no, hasta en la misma tumba no todo se pierde. Si fuera de otro modo no habría salvación para el hombre. Cuando despertamos del más profundo de los sopores, rompemos la telaraña sutil de algún sueño. Y, no obstante, un segundo más tarde (tan frágil puede haber sido esa tela), no

recordamos haber soñado. Cuando tras un desmayo volvemos a la vida, pasamos por dos etapas: primera, la del sentimiento de la existencia moral o espiritual; segunda, la de la existencia física. Es probable que, si al llegar al segundo período pudiéramos evocar las impresiones del primero, halláramos todos los recuerdos elocuentes del abismo que se abre a nuestras espaldas. Y ese abismo… ¿qué es? ¿Cómo al menos podremos distinguir sus sombras de la tumba? Pero si las impresiones de lo que he llamado el primer período no acuden al llamamiento de la voluntad, ¿no aparecen inesperadamente, tras un largo intervalo, sin ser solicitadas y mientras maravillados nos preguntamos de dónde proceden? Quien nunca se haya desmayado no descubrirá extraños palacios ni rostros fantásticamente familiares en las brasas del carbón, ni contemplará flotando en el aire las melancólicas visiones que el vulgo no puede disfrutar, ni meditará mientras respira el aroma de una flor desconocida, ni sentirá la exaltación de su mente ante el misterio de una melodía que jamás había llamado antes su atención.

Entre mis repetidos y reflexivos esfuerzos por recordar, entre pertinaces luchas por apresar algún vestigio de ese estado de aparente vacío en el que mi alma se había sumido, hubo momentos en que vislumbré el triunfo; breves, brevísimos períodos en que llegué a condensar recuerdos que, a la luz de mi clarividencia posterior, sólo podían referirse a ese estado de aparente inconsciencia. Esas sombras de recuerdos me presentan confusamente grandes figuras que me levantaron llevándome silenciosamente hacia abajo, hacia abajo, siempre hacia abajo, hasta que un horrible vértigo me oprimió a la sola idea de lo infinito del descenso. También me recuerdan no sé qué vago terror que mi corazón experimentaba, precisamente por la sobrenatural calma que me invadía. Luego, viene el sentimiento de una repentina inmovilidad que invadió cuanto me rodeaba como si quienes me llevaban (¡espectral cortejo!) hubieran pasado en su descenso los linderos de lo ilimitado y descansaran del hastío infinito de su tarea. Mi mente recuerda más tarde una sensación de acrimonio y humedad; y luego, todo es locura, la locura de un recuerdo que se agita entre cosas abominables.

De pronto, vuelven otra vez a mi espíritu el movimiento y el sonido: el movimiento tumultuoso de mi corazón y el rumor de sus latidos. Luego una pausa en la que todo es confuso. Luego otra vez sonido, movimiento y tacto, como una sensación de vibrante hormigueo por todo el cuerpo. Y luego la simple conciencia de mi existencia sin pensamiento, algo que duró mucho tiempo. De pronto, bruscamente, el pensamiento, un terror que me producía escalofríos y el esfuerzo más ardiente por comprender mi verdadera situación. A esto sucedió un vivo afán de recaer en la insensibilidad. Luego un brusco revivir del espíritu y una afortunada tentativa de movimiento. Y, entonces, el recuerdo completo del proceso, de los jueces, las negras colgaduras, la sentencia, mi debilidad y el desmayo. Y el total olvido de lo que ocurrió

después, de todo lo que tiempos posteriores y la constancia más tenaz me han permitido recordar vagamente.

Hasta ese momento no había abierto los ojos, pero sentí que estaba tendido de espaldas y sin ligaduras. Alargué la mano, que cayó pesadamente sobre algo húmedo y duro. La dejé descansar allí durante unos minutos mientras hacía esfuerzos por adivinar dónde me hallaba y qué era de mí. Sentí gran impaciencia por abrir los ojos, pero no me atrevía porque me espantaban. No es que temiera contemplar cosas horribles, sino que me aterrorizaba la posibilidad de que no hubiera nada que ver. Por fin, con mi corazón lleno de atroz angustia, abrí de golpe los ojos y mis espantosas suposiciones se confirmaron. Me rodeaba el negror de una noche eterna. Me parecía que la intensidad de aquellas tinieblas me oprimía y sofocaba. Traté de respirar: la atmósfera era de una intolerable pesadez. Permanecí inmóvil y acostado haciendo esfuerzos por utilizar mi razón. Evoqué los procesos inquisitoriales procurando deducir mi situación verdadera a partir de ese punto. La sentencia había sido pronunciada y tenía la impresión de que desde entonces había transcurrido mucho tiempo. Pero ni por un solo momento imaginé que estuviera realmente muerto. Semejante suposición, pese a todas las ficciones literarias, es totalmente incompatible con la existencia real. Pero ¿dónde me hallaba y en qué estado? Sabía que los condenados a muerte fallecían con frecuencia en los autos de fe. Una solemnidad de esta especie se había celebrado aquella misma noche. ¿Me habían devuelto a mi calabozo en espera del próximo sacrificio, que no se celebraría hasta varios meses más tarde? Al punto comprendí que era imposible. En aquel momento había una demanda inmediata de víctimas. Por otra parte, mi primer calabozo, como todas las celdas de los condenados en Toledo, estaba empedrado y tenía algo de luz.

Repentinamente una horrible idea aceleró los pálpitos de mi sangre, que se agolpó a torrentes hacia mi corazón; por breves instantes recaí en la insensibilidad. Cuando me repuse, me erguí temblando convulsivamente y tendiendo desatinadamente los brazos en todas direcciones por encima de mi cabeza y a mi alrededor. No sentí nada, pero temblaba ante la idea de dar un solo paso por temor a tropezar contra los muros de una tumba. Brotaba el sudor por todos mis poros y tenía la frente empapada de gruesas gotas frías. A la larga, la agonía de la incertidumbre terminó por hacerse intolerable, y cautelosamente avancé con los brazos tendidos y los ojos desorbitados con la esperanza de captar el más débil rayo de luz. Di algunos pasos, pero todo seguía siendo vacío y negrura. Respiré con mayor libertad; por lo menos parecía evidente que el destino reservado para mí no era el más espantoso de todos.

Entonces, cuando avanzaba cautelosamente, resonaron en mi memoria los mil vagos rumores que corrían sobre los horrores de Toledo. Cosas extrañas

que se contaban sobre los calabozos; cosas que yo siempre había creído fábula, pero que no por eso eran menos extrañas y demasiado horrorosas para ser repetidas en voz baja. ¿Me dejarían morir de hambre en aquel subterráneo mundo de tinieblas, o qué otro destino más terrible me aguardaba? De sobra conocía yo el carácter de mis jueces para dudar de que el fin sería la muerte, una muerte mucho más amarga que la habitual. Lo único que me preocupaba y me enloquecía era el modo y la hora de su ejecución.

Mis manos extendidas encontraron por fin un obstáculo sólido. Era un muro, probablemente de piedra, muy lisa, húmeda y fría. Lo fui siguiendo de cerca, avanzando con la precavida desconfianza que ciertas narraciones antiguas me habían inspirado. Pero esta operación no me proporcionaba medio alguno para examinar las dimensiones del calabozo, pues podía dar la vuelta y retornar al punto de partida sin advertirlo; hasta tal punto era uniforme y lisa la pared. Busqué, en vista de ello, el cuchillo que llevaba conmigo cuando me condujeron a la cámara inquisitorial; pero había desaparecido, pues mis ropas fueron cambiadas por un sayo de grosera estameña. Para comprobar perfectamente mi punto de partida, había pensado clavar la hoja en alguna pequeña grieta de la mampostería. Aunque la dificultad tenía fácil solución, me pareció insuperable al principio debido al desorden de mi mente. Rasgué una tira del ruedo de mi vestido y la extendí en el suelo formando ángulo recto con el muro. Recorriendo a tientas el contorno del calabozo tendría que encontrar el jirón de tela al completar el circuito. Por lo menos era lo que yo creía; pero no había tenido en cuenta ni las dimensiones de la celda ni mi debilidad. El suelo era húmedo y resbaladizo. Avancé tambaleándome un trecho, pero luego trastabillé y caí. Mi gran fatiga me indujo a seguir tumbado y el sueño no tardó en embargarme.

Al despertar y extender el brazo hallé a mi lado un pan y un cántaro de agua. Me encontraba demasiado agotado para reflexionar y bebí y comí ávidamente. Poco más tarde reemprendí mi viaje en torno al calabozo y trabajosamente logré llegar a la tira de estameña. En el momento de caer al suelo había contado cincuenta y dos pasos, y desde la reanudación del camino hasta encontrar el trozo de tela, cuarenta y ocho. De modo que en total había cien pasos. Suponiendo que dos pasos constituyesen una yarda, calculé que el calabozo tenía un perímetro de cincuenta. No obstante había tropezado con numerosos ángulos en la forma de la cueva, pues no había duda de que aquello era una cueva. Poco interés y ninguna esperanza puse en aquellas investigaciones, aunque una incierta curiosidad me impulsaba a continuarlas. Dejando la pared, decidí cruzar el calabozo. Avancé al principio con extrema precaución pues, aunque el suelo parecía de un material duro, era peligrosamente resbaladizo por el limo. Logré cobrar ánimos al rato y terminé caminando con seguridad, procurando cruzarlo en línea recta. Había avanzado unos diez o doce pasos cuando el ruedo desgarrado del sayo se enredó entre

mis piernas haciéndome caer violentamente de bruces.

En la confusión que siguió a la caída no reparé en una circunstancia poco sorprendente pero que, segundos más tarde y cuando aún yacía en el suelo, llamó mi atención. Era ésta: tenía apoyado el mentón sobre el suelo del calabozo, pero mis labios y la parte inferior del mentón no descansaban en ninguna parte. Al mismo tiempo me pareció que mi frente se empapaba de un vapor viscoso y que un extraño olor a hongos podridos subía por mis fosas nasales. Alargué el brazo y me estremecí al descubrir que había caído exactamente al borde mismo de un pozo circular cuya profundidad no podía medir por el momento. Tanteando en el brocal que bordeaba el pozo, logré arrancar un fragmento que arrojé al abismo. Durante algunos segundos presté atención a sus rebotes. Repercutía en su caída contras las paredes del pozo; por último se hundió en el agua con un chapoteo lúgubre al que siguieron pesados ecos. En ese mismo instante percibí un ruido sobre mi cabeza, como de una puerta que se abre y se cierra rápidamente, mientras un débil rayo de luz cruzaba instantáneamente la negrura y volvía a desvanecerse.

Con toda claridad comprendí el destino que se me preparaba y me felicité por el oportuno accidente que me había impedido caer. Un paso más y el mundo no hubiera vuelto a saber de mí. Aquella muerte, evitada a tiempo, tenía justamente el carácter que yo había considerado fabuloso y absurdo en las historias que sobre la Inquisición había oído contar. Las víctimas de su tiranía no tenían más alternativa que la muerte: una muerte llena de crueles agonías físicas u otra acompañada de abominables torturas morales. Yo estaba destinado a esta última. Mis largos sufrimientos habían abatido mis nervios al punto que bastaba el sonido de mi propia voz para hacerme temblar y me consideraba por todos motivos la víctima ideal para la clase de torturas que me aguardaban.

Estremeciéndome de pies a cabeza, retrocedí a tientas hasta la pared, dispuesto a dejarme morir antes de afrontar el horror de los pozos que en las tinieblas de la celda mi imaginación multiplicaba. En otro estado de ánimo tal vez hubiera tenido el suficiente coraje para acabar con mis miserias de una vez arrojándome en uno de aquellos abismos; pero había llegado a convertirme en el más perfecto de los cobardes, y por otra parte me era imposible olvidar lo que había leído sobre aquellos pocos de los que se decía que la extinción repentina de la vida se había excluido cuidadosamente de sus posibilidades.

Durante algunas horas me mantuvo despierto la agitación de mi ánimo, pero acabé por adormecerme. Al despertar, como antes, hallé a mi lado un pan y un cántaro de agua. Una sed abrasadora me consumía y de un solo trago vacié el cántaro. El agua debía contener alguna droga, pues apenas la hube bebido sentí unos irresistibles deseos de dormir. Un sueño profundo, semejante al de la muerte, cayó sobre mí. Jamás he podido saber cuánto duró, pero al

abrir los ojos pude percibir los objetos que me rodeaban. Gracias a una claridad sulfurosa cuyo origen no pude determinar al principio, logré contemplar la magnitud y el aspecto de mi cárcel.

Mucho me había equivocado respecto a sus dimensiones. El circuito total de sus muros no pasaba de veinticinco yardas. Durante varios minutos este descubrimiento me turbó con una preocupación pueril, ya que dadas las terribles circunstancias que me rodeaban no había nada menos importante que las dimensiones de mi prisión. Pero mi espíritu se interesaba de forma extraña en las cosas más nimias y tenazmente me esforcé por descubrir el error que había cometido al tomar las medidas del recinto. Por último, como un relámpago de luz, se me reveló la verdad. En el primer intento de exploración había contado cincuenta y dos pasos hasta el momento de la caída. Probablemente en ese momento me hallaba a uno o dos pasos del trozo de estameña, es decir, que había efectuado casi por completo el circuito del calabozo. Al despertar de mi sueño debí necesariamente volver sobre mis pasos, es decir, en dirección contraria, creando un circuito casi doble del normal. La confusión de mi mente me impidió reparar entonces en que había comenzado la vuelta con la pared a la izquierda y que terminaba teniéndola a la derecha.

También me había engañado sobre la forma del recinto. Tanteando las paredes había encontrado varios ángulos, deduciendo así la idea de una gran irregularidad. ¡Tan poderoso es el efecto de la oscuridad total sobre quien sale del letargo o del sueño! Los ángulos eran simplemente leves depresiones o grietas que se encontraban a intervalos regulares. La forma general de la prisión era cuadrada. Lo que creí mampostería resultaba ser hierro o algún otro metal dispuesto en enormes plantas cuyas suturas y junturas ocasionaban las depresiones. La superficie de aquella construcción metálica estaba pintarrajeada groseramente con toda clase de emblemas horrorosos y repulsivos nacidos de la sepulcral superstición de los frailes. Figuras de demonios con amenazadores gestos, de esqueletos y otras imágenes todavía más horribles, recubrían y desfiguraban los muros. Reparé en que los contornos de aquellas monstruosidades estaban bien delineados, pero que los colores parecían borrosos y vagos por efecto de la humedad del ambiente. Vi asimismo que el suelo era de piedra. En su centro se abría el pozo circular de cuyas fauces, abiertas como si bostezaran, había yo escapado. Pero era el único que había en el calabozo.

Vi todo esto confusamente y no sin esfuerzo, pues mi situación física había cambiado mucho en el curso del sueño. Ahora yacía de espaldas cuan largo era sobre una especie de bastidor de madera muy baja. Estaba fuertemente atado con una larga tira que parecía un cíngulo. Se enrollaba con distintas vueltas en mis miembros y en mi cuerpo dejando sólo en libertad la cabeza y el brazo

izquierdo. Sin embargo, tenía que hacer un violento esfuerzo para llegar a los alimentos colocados en un plato de barro puesto a mi alcance en el suelo. Con verdadero horror vi que se habían llevado el cántaro de agua, y digo con horror porque me devoraba una sed intolerable. Creí entonces que la intención de mis verdugos consistía en exasperar esta sed, porque la comida del plato estaba cruelmente condimentada.

Levantando los ojos examiné el techo de mi prisión, que tendría unos treinta o cuarenta pies de alto, y por su construcción se asemejaba a los muros. En uno de sus paneles aparecía una singular figura que atrajo mi atención: era una representación pintada del tiempo tal como se le suele figurar, salvo que en lugar de guadaña tenía lo que a primera vista creí un enorme péndulo, tal como solemos verlo en los relojes antiguos. Algo, empero, había en la apariencia de aquella máquina que me movió a observarla con más detenimiento. Mientras la miraba atentamente de abajo arriba (pues se hallaba situada exactamente sobre mí) tuve la impresión de que se movía. Un segundo después, esa impresión quedaba confirmada. Su balanceo era breve y, por tanto, muy lento. No sin cierta desconfianza y sobre todo con extrañeza, lo observé durante un rato. Cansado al cabo de vigilar su fastidioso movimiento, volví mis ojos a los demás objetos de la celda.

Un leve ruido atrajo mi atención, y mirando al suelo vi cruzar varias ratas enormes. Habían salido del pozo que se hallaba a la derecha al alcance de mi vista. En ese instante, mientras las miraba, subieron en tropel presurosas y con ojos voraces atraídas por el olor de la carne. Me costó gran trabajo y atención ahuyentarlas del plato de comida.

Habría pasado media hora, quizás una entera —pues sólo tenía una noción imperfecta del tiempo— cuando volví a fijar los ojos en lo alto. Lo que entonces vi me dejó atónito y sorprendido. El camino del péndulo había aumentado casi una yarda y, como secuela natural, su velocidad era mucho mayor. Pero lo que más me impresionó fue la idea de que había descendido visiblemente. Observé entonces —y puede suponerse con cuánto horror—, que su extremo inferior estaba formado por una media luna de brillante acero cuya larga punta tendría un pie aproximadamente. Los cuernos estaban dirigidos hacia arriba y el filo, cortante como una navaja, pesado y macizo, se iba ensanchando hasta rematar en una ancha y sólida forma. Se hallaba fijo a un grueso vástago de bronce y todo el mecanismo silbaba balanceándose en el espacio.

Ya no había duda alguna respecto al destino que me había preparado la horrible ingeniosidad de los monjes. Los agentes de la Inquisición habían previsto mi descubrimiento del pozo; del pozo, sí, cuyos horrores estaban reservados a un hereje tan temerario como yo; del pozo, típica imagen del infierno, última Thule de los castigos de la Inquisición según los rumores. El

más fortuito de los accidentes me había salvado de caer en el pozo, y bien sabía que la sorpresa, la brusca precipitación en los tormentos, constituía un elemento esencial de las misteriosas ejecuciones que tenían lugar en aquellas cárceles. Habiendo fracasado mi caída en el pozo, el demoníaco plan de mis verdugos no contaba con arrojarme por la fuerza, y, en ese caso, sin ninguna alternativa, estaba destinado a una muerte distinta y más dulce. ¡Más dulce! En mi agonía, al pensar en el singular uso que yo hacía de esta palabra, casi sonreí.

¿Para qué contar las largas, interminables horas de un horror casi mortal, durante las cuales conté las zumbantes vibraciones del péndulo? Pulgada a pulgada, línea a línea, descendía gradualmente con una lentitud que sólo podía apreciarse después de intervalos que me parecían más largos que siglos. Y el acero seguía bajando, bajando. Pasaron días, muchos días tal vez, antes de que se balanceara tan cerca de mí que parecía abanicarme con su aliento acre. El olor del afilado acero hería mi olfato… Supliqué, fatigando al cielo con mis ruegos para que el péndulo descendiera con mayor rapidez. Enloquecí, me exasperé, hice esfuerzos por incorporarme y salir al encuentro de aquella espantosa y horrible cimitarra. Y luego se apoderó de mí una gran calma y permanecí inmóvil sonriendo a aquella muerte brillante como podría hacer un niño ante un hermoso juguete.

Siguió otro intervalo de perfecta insensibilidad. Fue corto, porque al volver a la vida observé que apenas se había producido en el péndulo un descenso apreciable. Podía no obstante haber durado mucho, pues bien sabía yo que aquellos seres infernales estaban al tanto de mi desvanecimiento y que podían haber detenido la vibración del péndulo a su capricho. Al volver en mí, sentí un malestar y una debilidad indecibles, como tras una prolongada inanición. Incluso en la agonía de aquellas horas, la naturaleza humana suplicaba el sustento. Con penoso esfuerzo alargué mi brazo izquierdo cuanto me permitían las ataduras para coger la pequeña cantidad sobrante que habían dejado las ratas. Al llevarme un pedazo a los labios, se alojó en mi mente un informe pensamiento de extraña alegría, de esperanza. Pero ¿qué tenía yo que ver con la esperanza? Repito que era un pensamiento informe; el hombre tiene con frecuencia muchos que no llegan a completarse jamás. Comprendí que era de alegría, de esperanza, pero sentí, al mismo tiempo, que había muerto al nacer. En vano traté de completarlo, de recobrarlo. Mis prolongados sufrimientos habían aniquilado casi por completo las normales facultades de mi mente. No era más que un imbécil, un idiota.

La oscilación del péndulo se efectuaba en un plano que formaba ángulo recto con mi cuerpo. Reparé en que la media luna estaba dispuesta de modo que atravesara la zona del corazón. Rasgaría la estameña de mi sayo…, volvería para repetir la operación una y otra vez. Pese a la gran amplitud de la

curva recorrida (treinta o más pies), y la sibilante violencia de su descenso, capaz de cortar incluso aquellos muros de hierro, todo lo que haría durante varios minutos sería rasgar mi sayo. Y a esa altura de mis reflexiones hice una pausa: ¡no me atrevía a proseguir! Me mantuve en ellas con la atención pertinazmente fija, como si al hacerlo pudiera detener en aquel punto el descenso de la cuchilla. Comencé a pensar en el sonido que produciría la hoja de acero cuando pasara rasgando la estameña y en la extraña y penetrante sensación que produce el roce de una tela sobre los nervios. Y pensé en estas frivolidades hasta que mis dientes rechinaron.

Descendía suavemente, suavemente. Sentí un placer frenético al comparar su velocidad lateral con la del descenso. A la derecha… a la izquierda… hacia los lados, con el aullido de un espíritu condenado… hacia mi corazón con el furtivo paso del tigre. Yo aullaba y reía a carcajadas alternativamente según me dominase una u otra idea.

Descendía invariablemente, inexorablemente, suavemente. Ya pasaba vibrando a sólo tres pulgadas de mi pecho. Luché con coraje, con furia, tratando de liberar mi brazo izquierdo, que estaba libre a partir del codo. Sólo podía mover la mano desde el plato, puesto a mi lado, hasta la boca, pero no más allá, y esto con gran esfuerzo. De haber roto las ligaduras por encima del codo, hubiera intentado detener el péndulo, ¡pero hubiera sido lo mismo que pretender atajar una avalancha!

Descendía… incesantemente, inevitablemente…, descendía. Jadeaba con verdadera angustia a cada oscilación. Me agitaba convulsivamente a cada paso de la cuchilla. Mis ojos seguían su vuelo hacia arriba, hacia abajo, con la ansiedad de la más enloquecida desesperación; mis párpados se cerraban espasmódicamente a cada descenso. La muerte hubiera sido para mí un alivio, ¡oh, qué alivio tan inefable! Y, sin embargo, cada uno de mis nervios se estremecía al pensar que el más nimio deslizamiento del mecanismo precipitaría sobre mi pecho aquella reluciente, afilada cuchilla. Era la esperanza lo que hacía estremecer mis nervios y agitaba mi cuerpo. Era la esperanza, esa esperanza triunfante incluso en el potro del suplicio, que susurra al oído de los condenados a muerte, incluso en los calabozos de la Inquisición.

Comprobé que luego de diez o doce oscilaciones el acero se pondría en inmediato contacto con mi ropa; en ese momento invadió mi ánimo la penetrante y condensada calma de la desesperación. Por primera vez en muchas horas, quizá días, me puse a pensar. Acudió a mi mente la idea de que la tira o cíngulo que me ataba era de una sola pieza. Mis ataduras no estaban constituidas por cuerdas separadas. La primera mordedura de la cuchilla de la media luna sobre cualquier lugar de la correa, bastaría para desatarla, y con ayuda de mi mano izquierda podría desenrollarla. Pero ¡qué terrible en este

caso la proximidad del acero! ¡Cuán mortal el resultado de la más liviana sacudida! Por otra parte, ¿era verosímil que los esbirros del torturador no hubieran previsto y prevenido tal posibilidad? ¿Era probable que las ligaduras cruzaran mi pecho justo por el recorrido del péndulo? Temblando al descubrir que mi débil y al parecer última esperanza se frustraba, alcé la cabeza lo bastante para contemplar mi pecho. La correa envolvía mis miembros y mi cuerpo en todas direcciones, ¡salvo en la trayectoria de la cuchilla homicida!

Apenas había dejado caer hacia atrás la cabeza, cuando cruzó mi mente algo que sólo puedo definir como la informe mitad de aquella idea de liberación a que he aludido y de la cual sólo una parte flotaba vagamente en mi espíritu, cuando llevé la comida a mis ardientes labios. Pero ahora, la idea completa estaba presente, débil, apenas visible, casi indefinida… pero, al cabo, completa. Inmediatamente, con la nerviosa energía de la desesperación, intenté ponerla en práctica.

Durante horas y horas, cantidad de ratas pululaban innumerables en la vecindad próxima del caballete de madera sobre el que me hallaba acostado. Ratas salvajes, tumultuosas, famélicas. Fijaban en mí sus rojas pupilas centelleantes como si sólo esperaran mi inmovilidad para convertirme en su presa. «¿A qué clase de alimento —pensé— se habrán acostumbrado en ese pozo?»

Pese a todos mis esfuerzos por impedirlo, habían devorado el contenido del plato salvo algunos restos. Mi mano se acostumbró a un movimiento de abanico sobre el plato, pero a la larga la regularidad maquinal del movimiento le había restado eficacia. En su voracidad, aquella odiosa plaga clavaba sus afilados dientes en mis dedos. Cogiendo los restos de la aceitosa y picante carne que quedaba en el plato, froté vigorosamente con ellos mis ataduras hasta donde me era posible hacerlo, y después, retirando mi mano del suelo, permanecí completamente inmóvil, conteniendo la respiración.

Los famélicos animales se asustaron y sorprendieron por lo repentino del cambio y el cese del movimiento. Retrocedieron alarmados y muchos se refugiaron en el pozo. Pero tal actitud no duró más que un momento. No fue vana mi confianza en su voracidad. Viendo que seguía sin moverme, una o dos de las más atrevidas se encaramaron por el caballete y olisquearon la correa. Ése fue el preludio de una invasión general. Un nuevo tropel surgió del pozo corriendo. Se colgaron de la madera, la escalaron y a centenares saltaron sobre mi cuerpo. Nada les importaba el acompasado movimiento del péndulo. Esquivando sus oscilaciones, trabajaban activamente con sus dientes sobre las aceitosas ligaduras. Se apretujaban pululando sobre mí en cantidades cada vez mayores. Se retorcían junto a mi garganta; sus fríos hocicos buscaban mis labios; me sentía sofocado bajo aquel peso que se multiplicaba constantemente. Un asco espantoso, para el que no existe nombre en este

mundo, llenaba mi pecho y helaba con su espesa viscosidad mi corazón. Un minuto más, sin embargo, y la operación habría terminado. Sobre mí sentía perfectamente la distensión de las ataduras. Me di cuenta de que debían estar cortadas en más de un punto. Pero con una resolución sobrehumana proseguí totalmente inmóvil.

No me había equivocado en mis cálculos y aquellos sufrimientos no fueron vanos. Por fin sentí que estaba libre. El cíngulo colgaba en tiras a los lados de mi cuerpo. Pero ya el movimiento del péndulo alcanzaba mi pecho. Había rasgado la estameña de mi sayo y cortaba ahora la tela de mi camisa. Efectuó aún dos oscilaciones más sobre mí y un agudísimo dolor recorrió mis nervios. Pero ya había llegado el momento de escapar. A un ademán de mis manos huyeron tumultuosamente mis libertadoras. Con un movimiento tranquilo y decidido, prudente y oblicuo, lento y encogiéndome todo lo posible contra el caballete, me deslicé fuera de las ataduras, y más allá del alcance de la cimitarra. Cuando menos, por el momento, estaba libre.

Libre… ¡y en las garras de la Inquisición! Apenas hube escapado de aquel lecho de horror, apenas hube dado algunos pasos por el suelo de mi calabozo, cesó el movimiento de la infernal máquina, y la vi subir atraída hacia el techo por una fuerza invisible, hasta que desapareció. Aquello fue una lección que desesperó mi ánimo. Indudablemente todos y cada uno de mis movimientos eran espiados. ¡Libre! Apenas si había escapado de la muerte bajo la forma de una determinada agonía, para ser entregado a algo peor aún que la muerte misma. Pensando en ello, fijé nerviosamente los ojos en los muros de hierro que me rodeaban. Algo insólito, una alteración que al principio no pude apreciar claramente, se había producido en la estancia. Durante largos minutos en los que me sumí en una distraída y vaga abstracción, me perdí en inútiles e incoherentes conjeturas. Por primera vez pude advertir en esos momentos el origen de la claridad sulfurosa que iluminaba el calabozo. Provenía de una grieta de media pulgada de anchura que rodeaba la celda por completo en la base de las paredes, que parecían —y en realidad estaban— completamente separadas del suelo. Intenté mirar por aquella fisura, pero fue por supuesto en vano.

Al levantarme desanimado, comprendí de pronto el misterio del cambio que la prisión había sufrido. Ya había tenido ocasión de comprobar que si bien los contornos de las figuras pintadas en las paredes eran suficientemente claros, los colores parecían alterados y seguían tomando, a cada momento, un sorprendente y vivo brillo que prestaba a aquellas espectrales y diabólicas figuras un aspecto que hubiera hecho temblar a nervios más templados que los míos. Pupilas demoniacas, de una siniestra y feroz viveza, se clavaban fijamente sobre mí desde mil sitios distintos donde antes no había sospechado ninguna, y fulguraban con lúgubre resplandor de un fuego que mi imaginación

no alcanzaba a concebir como irreal.

¡Irreal! Me bastaba respirar para que llegase a mi nariz el olor característico que surge del hierro enrojecido. Ese olor sofocante se extendía por la celda invadiéndola. A cada momento un ardor más profundo se reflejaba en los ojos fijos en mi agonía… Un rojo más oscuro empezó a invadir aquellas horribles pinturas sangrientas… Yo jadeaba tratando de respirar… ya no cabía duda sobre la intención de mis verdugos, los más implacables, los más demoniacos de todos los hombres. Alejándome del metal ardiente, corrí hacia el centro del calabozo. Al meditar sobre la horrible destrucción por el fuego que me aguardaba, la idea de la frescura del pozo fue para mi alma un bálsamo. Me lancé hacia su borde mortal y, con algún esfuerzo, miré hacia abajo. El resplandor de la inflamada bóveda iluminaba sus cavidades más recónditas. Y, sin embargo, durante un minuto de desvarío, mi espíritu se negó a comprender la significación de lo que veía. Pero al cabo, aquello se abrió paso y avanzó hasta mi alma para grabarse a fuego en mi estremecida razón. ¡Oh, una voz para expresarlo! ¡Oh, espanto! ¡Cualquier horror… menos aquél! Con un alarido me aparté del brocal y hundiendo mi rostro entre las manos sollocé amargamente.

El calor aumentaba veloz, y una vez más levanté los ojos a lo alto temblando en un acceso febril. Un segundo cambio se había operado en la celda… un cambio relacionado con la forma. Como antes, fue en vano que tratara de apreciar o entender inmediatamente lo que ocurría. Pero no me dejaron mucho tiempo en la duda. La venganza de la Inquisición se aceleraba tras mi doble escapatoria y el Rey de los Espantos no concedía más pérdida de tiempo. Hasta entonces la celda había sido cuadrada. Ahora vi que dos de sus ángulos de hierro se habían vuelto agudos y, los otros dos, por tanto, obtusos. Con un gruñido profundo y sordo el terrible contraste se acentuaba rápidamente. En un instante la celda cambió su forma cuadrada por la romboidal. Pero la transformación no se detuvo ahí y yo no deseaba ni esperaba que se detuviese. Podría haber aplicado mi pecho a los rojos muros como si fueran una vestidura de eterna paz. «¡La muerte! —clamé—. ¡Cualquier muerte menos la del pozo!» ¡Insensato! ¿No era acaso evidente que aquellos hierros al rojo vivo no tenían más objeto que precipitarme en el pozo? ¿Resistiría acaso su calor? Y, suponiendo que lo resistiera, ¿cómo podría oponerme a su presión? El rombo se iba aplastando más y más, con una rapidez creciente que no me dejaba tiempo para mirar. Su centro y, por tanto, su diámetro mayor, llegaban ya a las fauces del abismo. Intenté retroceder, pero los muros, al unirse, me empujaban con una fuerza irresistible. Por fin hubo un momento en que no quedaba en el piso del calabozo ni una pulgada donde posar mi chamuscado y convulso cuerpo. Cesé de luchar, pero la agonía de mi alma se exteriorizó en un agudo y prolongado alarido de desesperación. Me di cuenta de que me tambaleaba sobre el brocal… desvié la mirada…

¡Y oí un discordante clamoreo de voces humanas! ¡Resonó una explosión, un huracán de trompetas, un poderoso rugido semejante al de mil truenos! ¡Los terribles muros retrocedieron! Una mano tendida sujetó mi brazo cuando, desfalleciente, me precipitaba en el abismo. Era la del general Lasalle. El ejército francés había entrado en Toledo. La Inquisición estaba en manos de sus enemigos.

